

duda, una nacion mas fácil de engañar, ni mas difícil de desengañar, ni mas capaz de engañar á las demas. Dos caracteres particulares os distinguen de todos los pueblos del mundo; el espíritu de asociacion y el del proselitismo. Las ideas en vuestro pais son enteramente nacionales y apasionadas. Me parece que un profeta con solo un rasgo de su temible pincel os ha pintado segun sois hace veinte y cinco siglos cuando dijo: *Cada palabra de ese pueblo es una conjuracion* (1). La chispa eléctrica recorriendo como el rayo de quien derriba una masa de hombres en comunicacion: representa débilmente la instantánea invasion, digo fulminante, de un gusto, de un sistema, de una pasion entre los franceses, que no pueden vivir *aislados*. Al menos si no obráseis mas que con vosotros mismos, podriais hacer lo que quisiéseis; pero la inclinacion, la necesidad, el furor para con los demas es el rasgo mas sobresaliente de vuestro carácter. Pudiera decirse que este rasgo sois *vosotros mismos*. Cada pueblo tiene su mision; esa es la vuestra. La opinion ó juicio mas pequeño que lanzais en Europa, es un ariete arrojado por treinta millones de hombres: siempre ávidos de sucesos é influencias, diriase que solo vivis para satisfacer esa necesidad; y como una nacion no puede tener un destino sin medios para que se cumpla, habeis recibido este medio con vuestra lengua ó idioma, por la cual reinais mucho mas que por vuestras armas, aunque estas hayan conmovido ó agitado al universo. El imperio de esa lengua no procede de sus formas actuales; es tan antiguo como la misma lengua; y ya en el siglo XIII escribia un italiano en frances, la historia de su patria, *porque la lengua francesa corria en el mundo, y era mas deleitable para leer y para oir que ninguna otra* (2). Hay mil hechos por este estilo. Me acuerdo haber leído hace ya tiempo una carta del famoso arquitecto *Christophe Wren* en la que examina las dimensiones que deben darse á una iglesia. Las determinaba solamente por la estension de la voz humana; lo que habia de ser así por haber llegado á ser la predicacion, la parte principal del culto, y casi todo el culto, en los templos en que ha cesado el sacrificio. Fija, pues, sus limites mas allá de los de la voz, que para todo oido ingles no es otra cosa que ruido; *pero, dice tambien un orador frances se haria oir desde mas lejos, porque su pronunciacion es mas clara y mas fuerte*. Lo que *Wren* ha dicho de la palabra *oral* (que pasa, que se trasmite de boca en boca), me parece aun mucho mas cierto respecto de esa palabra que penetra de muy distinto modo del que se lee en los libros. Siempre la de los franceses se oye

(1) *Omnia loquuntur populus iste conjuratio est* (Isaias VIII. 12.)

(2) El hermano *Martin de Canal*: véase *Tiraboschi, Stor. delle letter. Ital.*, en 8.º Venecia, 1795, tomo IV, l. III, cap. 1.º pág. 321, núm. 4.º

desde mas lejos, porque el estilo es un acento. Ojalá que esa fuerza misteriosa, mal esplicada hasta ahora y no menos poderosa para el bien que para el mal, sea pronto el órgano de un proselitismo saludable, capaz de consolar la humanidad de todos los males que la habeis causado!

Entre tanto, caballero, y mientras que vuestra incomprendible nacion permanezca preocupada por Locke, no me queda otra esperanza que en la Inglaterra para verlo por último en el lugar que debe ocupar. Siendo sus rivales los distributores de la reputacion en Europa, la anglomania que los ha molestado y en seguida perdido en el siglo último, era sumamente útil y honrosa á los ingleses que supieron hábilmente aprovecharse. Varios autores de esa nacion, como Young, Richardson, etc. no han sido conocidos en Europa, sino por las traducciones y recomendaciones francesas. Se lee en las memorias de Gibbon una carta en que decia, hablando del romance de *Clarisa*: *es muy malo*. Horacio, Walpole, despues conde de Oxford, no tenian formado un concepto mucho mas ventajoso, segun creo haberlo leído en alguna parte de sus obras (1). Pero el energúmeno de Diderot, prodigando en Francia á ese mismo Richardson elogios que seguramente no hubiera tributado á Fenelon, los ingleses dejaban decir y tenian razon. La preocupacion de los franceses sobre ciertos puntos que los mismos ingleses, aunque como parte interesada, juzgaban de muy distinto modo, llamará un dia la atencion. No obstante, como en el estudio de la filosofia el desprecio de Locke es *el principio de la sabiduria*, los ingleses obrarian de una manera digna de ellos, y harian un verdadero servicio á la humanidad, si tuviesen la prudencia de destruir ellos mismos una reputacion que no necesitan. Un cedro del Libano nunca se empobrece, se hace mas bello sacudiendo una hoja muerta.

¿Y si emprenden la defensa de esa reputacion artificial, lo mismo que si defendieran á Gibraltar, á fé mia? me retiro. Seria necesario ser un poco mas fuerte que yo para hacer la guerra á la Gran Bretaña, teniendo ya en brazos á la Francia. Antes de que le lleven en triunfo convengamos si es preciso en que el pedestal de Locke es indestructible... E PUR SI MUOVE.

Pero no sé por qué, caballero, la empredeis siempre conmigo, ni tampoco por qué razon me dejo siempre llevar á donde quereis. Me habeis desanimado completamente para con vuestro desgraciado Locke. ¿Por qué no llevais del mismo modo á nuestro amigo el senador?

(1) No estoy para ojear sus obras; pero las cartas de madama Du Defant pueden suplir hasta cierto punto (En 8.º tomo II, carta cxxxii, 20 de marzo de 1772).

EL CABALLERO.

Dejadme hacer; ya le tocará su turno le tocará. Por otra parte, es mas quieto, mas flemático que vos. Necesito mas tiempo para respirar con libertad: y su juicio, sin saber yo por qué, me impone mas que el vuestro. Si tengo el capricho de cansar ó molestará uno de los dos, me decido con mas gusto en favor vuestro. Tambien creo que debeis esta lisongera distincion á la comunidad del lenguaje. Veinte veces al dia me figuro que soy frances.

EL SENADOR.

¿Como es eso, mi querido caballero, creeis que un frances tenga derecho de cansar á otro?

EL CABALLERO.

Ni mas ni menos que un ruso á otro. Pero os ruego que nos vayamos al instante, porque veo por la péndola que dentro de un momento será mañana.

VELADA SETIMA.

EL CABALLERO.

Por esta vez, señor senador, espero que prescindireis de vuestra palabra, y que nos leereis algo sobre la guerra.

EL SENADOR.

No hay inconveniente, porque este es un asunto que he meditado mucho. Desde que pienso, pienso en la guerra; este terrible asunto embarga toda mi atencion, y nunca lo he profundizado bastante.

El primer perjuicio que os diré de ella, os estrañará sin duda ninguna; mas para mi es una verdad incontestable: «Estando el hombre dotado de razon, de sentimientos y de afeccion, no hay medio de explicar cómo la guerra es humanamente posible.» Este es mi parecer muy reflexionado. La Bruyere describe en cierta parte, con toda la energia que ya le conoceis, esa grande estravagancia humana. Hace muchos años que he leído ese trozo, y sin embargo, le recuerdo perfectamente: insiste mucho sobre la locura de la guerra; pero cuanto mas loca, es tanto menos espliable.

EL CABALLERO.

Paréceme, sin embargo, que podria decirse, antes de ir mas lejos: que los reyes mandan y que es preciso marchar.

EL SENADOR.

Oh! de ninguna manera, amigo mio, os lo aseguro. En to-